

El sujeto y el espacio*

Antonio Campillo**

A partir de Kant, la filosofía comienza a ser pensada como crítica trascendental, es decir, como juicio acerca de las condiciones de posibilidad de la propia experiencia, en su triple dimensión cognoscitiva, moral y estética; estas condiciones son pensadas por Kant como necesarias y, por tanto, como infranqueables; en definitiva, se trata de definir las estructuras universales y *a priori* del sujeto humano, como fundamento último de todos nuestros juicios (cognoscitivos, morales y estéticos) acerca del mundo. A partir de Nietzsche, la crítica filosófica deja de ser trascendental y deviene histórica, genealógica: las condiciones de posibilidad de la experiencia humana devienen plurales, contingentes y, por tanto, cambiantes; el sujeto se convierte en una construcción *a posteriori*, siempre expuesta a los avatares del tiempo; el fundamento de nuestros juicios acerca del mundo se desfonda, se vuelve precario, perspectivo. La filosofía se convierte, pues, en una historia (auto)crítica de las diversas formas de subjetividad, de las diversas perspectivas en conflicto. Así es como concibe Foucault su propio trabajo intelectual.

* Artículo publicado en *Malleus. Revista de Filosofía*, nº 9, febrero 2000, pp. 71-75.

** campillo@um.es - <http://webs.um.es/campillo>

En efecto, Foucault pretende reconstruir la genealogía de la subjetividad moderna, haciéndola aparecer como el efecto combinado de una trama de saberes (las llamadas "ciencias humanas") y de poderes (las "disciplinas", centradas en el control individualizado del cuerpo, y la "biopolítica", centrada en el gobierno globalizado de las poblaciones). Esta trama de saberes/poderes ha convertido al ser humano en objeto simultáneo de conocimiento y de gobierno. Para someterla a un análisis histórico-crítico, Foucault se ve obligado a adoptar una doble precaución metodológica: en primer lugar, no concebir la historia de los saberes como una búsqueda acumulativa y desinteresada de la verdad, sino como una lucha interesada y discontinua de interpretaciones en conflicto; en segundo lugar, no concebir las relaciones de poder siguiendo el modelo liberal de la soberanía jurídico-política o el modelo marxista de la explotación económica, sino los modelos de la guerra y del gobierno. A Foucault no le interesa analizar el valor de verdad de los saberes, sino sus efectos políticos sobre los seres humanos; y, a la inversa, tampoco le interesa analizar las formas de dominio que pasan por el control político de los aparatos coercitivos del Estado, ni las que pasan por la posesión económica de los medios de producción, sino las que pasan por el ejercicio de la competencia científica, del conocimiento especializado, de la cualificación profesional.

En la sociedad contemporánea, el saber de los expertos tiene una importancia cada vez mayor en el control de los seres humanos. El tipo de poder que estos expertos ejercen no deriva de su autoridad jurídica ni de su propiedad económica, sino de su competencia científica; no consiste en la imposición de la fuerza legal ni en el contrato de explotación laboral, sino en el diagnóstico de una patología y en la administración de una terapia correctora o normalizadora. Por eso, las luchas que tratan de responder a esta nueva forma de dominio ya no giran en torno al control del Estado, ni en torno a la posesión de la riqueza, sino en torno al gobierno del propio cuerpo, de la propia salud, de la propia vida, en fin, de la propia subjetividad. En una palabra, estas luchas se enfrentan a los efectos políticos del saber, del conocimiento, de la ciencia, y sobre todo de aquellas ciencias que toman al ser humano como

objeto: pedagogía, psicología, psiquiatría, medicina, demografía, sociología, economía, etc.

Ahora bien, en el análisis histórico-crítico de las relaciones entre saber y poder, Foucault se impone a sí mismo un límite: analiza exclusivamente las llamadas "ciencias humanas", es decir, las ciencias que toman al sujeto humano como objeto de saber y de gobierno. Según Foucault, los efectos políticos del saber son mucho menos directos y mucho más difícilmente analizables en las ciencias formales y naturales.¹ Ciertamente, el propio Foucault ha recordado en más de una ocasión que las ciencias formales y naturales también tuvieron su origen en prácticas políticas.² Así, las matemáticas derivan de las antiguas prácticas de medida y de cómputo llevadas a cabo por los agrimensores, arquitectos y contables de las antiguas monarquías teocráticas. En cuanto a la demostración lógica, la argumentación retórica y la investigación empírica, aparecen en la Grecia clásica cuando el arcaico sistema judicial de la prueba ritual es sustituido por el nuevo sistema de la *investigación* mediante el testimonio. Esta práctica judicial de la investigación fue la matriz a partir de la cual nacieron en Grecia (y renacieron en la Europa moderna) todo un conjunto de saberes no sólo lógicos y retóricos sino también empíricos: historiografía, geografía, zoología, botánica, etc. Por último, la práctica del *examen* individualizado, que tuvo su origen en las instituciones de encierro surgidas a partir de los siglos XVII y XVIII, fue decisiva para el desarrollo de algunas ciencias humanas: pedagogía, psicología, psiquiatría, medicina, etc. Así, pues, la *medida*, la *investigación* y el *examen*, que surgieron en sucesivos momentos de la historia de Occidente como formas de ejercer un cierto poder y de producir un cierto saber, sirvieron de matriz para el desarrollo respectivo de las ciencias formales, naturales y humanas. ¿Dónde reside, entonces, la diferencia entre unas y otras ciencias? Según Foucault, la diferencia está en que las ciencias formales y naturales han

¹ "Verdad y poder" (entrevista con M. Fontana), en *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1978, espec. pp. 175-176.

² *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México, 1976, pp. 227-230; *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 1980; "Preguntas a Michel Foucault sobre la Geografía", en *Microfísica del poder*, o.c., pp. 111-124.

acabado separándose de su origen político, mientras que las ciencias humanas han permanecido inseparablemente ligadas a él.³

Sin embargo, el propio Foucault reconoce, en una entrevista concedida a la revista *Hérodote*, que estas tres formas de poder/saber se han ido entrecruzando unas con otras: "Pienso que en la Geografía se tendría un hermoso ejemplo de disciplina que utiliza sistemáticamente investigación, medida y examen."⁴ En efecto, el "mapa" (geográfico, geopolítico y psicosocial) es un instrumento de poder/saber que reúne los tres procedimientos analizados por Foucault. Pero, si efectivamente se da este entrecruzamiento entre las tres grandes técnicas de poder (medición, investigación, examen) y los tres grandes tipos de ciencias (formales, naturales, humanas), resulta difícil seguir sosteniendo que las ciencias humanas han permanecido ligadas al ejercicio del poder, mientras que las otras se han desligado de él. Habría que pensar, más bien, que las estrategias de poder y las luchas de resistencia atraviesan tanto unas ciencias como otras, si bien de forma diferente: en unos casos, a través del conocimiento y control directo de los cuerpos humanos; en otros casos, a través del conocimiento y control del territorio en el que habitan, de los seres vivos que lo pueblan, de las energías que lo atraviesan, de los ciclos y procesos que lo transforman.

El problema consiste en localizar el tipo de saberes y de prácticas sociales en donde el dominio (o domesticación) del hombre y el dominio (o domesticación) de la naturaleza se interpenetran, esto es, en donde el control de las poblaciones y el control de los territorios se requieren y refuerzan mutuamente. Y esto es precisamente lo que ocurre con la medicina y con la geopolítica. Desde sus primeros estudios "arqueológicos" (*Historia de la locura, Nacimiento de la clínica, Las palabras y las cosas*), Foucault ya había subrayado la importancia decisiva de la medicina, su función de puente entre los saberes/poderes individualizantes y los globalizantes, pero también entre los saberes/poderes sobre el ser humano y sobre la naturaleza. Ante las preguntas de *Hérodote*, Foucault reconoce que la geografía, la geopolítica y, en

³ *Vigilar y castigar*, o.c., pp. 228-229.

⁴ "Preguntas a Michel Foucault sobre la Geografía", en *Microfísica del poder*, o.c., p. 121.

general, los saberes militares, cumplen también esta función de puente: se ocupan de conocer y controlar las interacciones entre el ser humano y la naturaleza, entre las poblaciones y los territorios que habitan. Los saberes militares o geoestratégicos, al igual que la medicina, llevan a cabo una articulación entre las ciencias naturales y las ciencias humanas, y precisamente por eso permiten dominar el flujo de interacciones entre las energías físicas y las energías sociales. Más aún (aunque esto no lo menciona Foucault), la propia medicina ha estado estrechamente ligada a la actividad bélica: el arte de curar y el arte de matar han evolucionado conjuntamente. El desarrollo de las técnicas militares (desde las antiguas guerras de los hoplitas griegos hasta los actuales sistemas de armas químicas, biológicas, nucleares y aeroespaciales) ha estado siempre acompañado de la correspondiente experimentación médica con los cuerpos de los soldados, los prisioneros y las víctimas civiles.

Pero ¿por qué la medicina y la guerra cumplen esta función de mediación entre el ser humano y la naturaleza, entre el cuerpo y la tierra? Porque ambas pretenden conocer y controlar el movimiento de los cuerpos vivientes en el espacio: "Los médicos han sido, con los militares, los primeros gestores del espacio colectivo".⁵ Desde la *Historia de la locura* hasta *Vigilar y castigar*, desde el "modelo de la lepra" hasta el "modelo de la peste", desde los lugares de exclusión hasta los lugares de vigilancia, Foucault ha sabido mostrar el modo en que las relaciones de poder se inscriben en el espacio, cómo lo organizan, cómo lo distribuyen, cómo lo transforman: "Podría escribirse toda una "historia de los espacios" -que sería al mismo tiempo una "historia de los poderes- que comprendería desde las grandes estrategias de la geopolítica hasta las pequeñas tácticas del hábitat, de la arquitectura institucional, de la sala de clase o de la organización hospitalaria, pasando por las implantaciones económico-políticas". Si a partir de un cierto momento la reflexión sobre el tiempo comenzó a ser privilegiada por los filósofos (Kant, Hegel, Bergson, Heidegger), ello se debió, según Foucault, a que durante los siglos XVII y XVIII

⁵ "El ojo del poder" (entrevista con J.-P. Baraou y M. Perrot), en Jeremías Bentham, *El panóptico*, La Piqueta, Madrid, 1979, pp. 9-26. La cita corresponde a las pp. 13-14.

había tenido lugar una “doble ocupación del espacio por una tecnología política y por una práctica científica”.⁶

Por tanto, es necesario establecer un puente entre la historia de las subjetividades y la historia de los espacios, a través de los juegos de saber/poder que las ponen en mutua e inseparable relación. En concreto, es necesario analizar todas aquellas prácticas sociales a través de las cuales el espacio ha llegado a ser objeto de control político y de conocimiento científico. Son precisamente esas prácticas las que pueden dar cuenta de los grandes cambios que a partir del Renacimiento han tenido lugar, simultáneamente, en la gestión política y económica del espacio y en su conocimiento y dominio tecnocientífico. Se trata de analizar a través de qué procesos históricos ha tenido lugar el *nacimiento del espacio*. Se trata de realizar la *genealogía del espacio moderno*, a fin de mostrar cómo ha llegado a constituirse en objeto simultáneo de un nuevo tipo de conocimiento científico y de un nuevo tipo de tecnología política. Si unas determinadas prácticas de poder hicieron posible la aparición simultánea de las ciencias humanas y de su objeto de conocimiento (el sujeto), otras prácticas de poder igualmente determinadas hicieron posible la aparición simultánea de las ciencias naturales y de su objeto de conocimiento (el espacio). Si el despegue de los Estados modernos de Occidente requirió de unos saberes disciplinarios y biopolíticos, destinados al gobierno individualizante y globalizante de los seres humanos, requirió igualmente de unos saberes militares, agropecuarios e industriales (físicos, químicos y biológicos), destinados al dominio de los territorios, de los seres vivientes y de las energías naturales.

En efecto, si las ciencias del hombre están destinadas al conocimiento y a la explotación de las diversas fuerzas del cuerpo humano, a fin de hacerlas a un tiempo inteligibles y manejables, dóciles y productivas, las ciencias de la naturaleza están destinadas al conocimiento y a la explotación de las diversas fuerzas del mundo físico y de las diversas especies del mundo viviente, a fin de

⁶ “El ojo del poder”, o.c., p. 12. Véase también “Des espaces autres” (conferencia pronunciada en el Circle d’Études Architecturales, 14 mars 1967), en *Architecture, Mouvement, Continuité*, 5, octubre 1984, 46-49 (traducción española: “Espacios otros: utopías y heterotopías”, en *Carrer de la Ciutat*, pp. 5-9).

hacerlas igualmente inteligibles y productivas. Si las primeras requieren de las modernas instituciones de encierro y del control biopolítico de las poblaciones para llevar a cabo sus prácticas de examen y normalización, las segundas requieren de los modernos laboratorios y del control ecológico de los espacios, para que las diversas fuerzas físicas, químicas y biológicas puedan ser a un tiempo desencadenadas y sometidas, explotadas y analizadas, intensificadas y reguladas. En fin, si las ciencias humanas están ligadas a una tecnología biopolítica que persigue el control del sujeto viviente, las ciencias naturales están ligadas a una tecnología ecológica que persigue el control del espacio vital. Como es obvio, ambos tipos de tecnología tienden a ajustarse entre sí, mediante cierto tipo de saberes/poderes híbridos que hacen posible el control del sujeto a través del espacio y el control del espacio a través del sujeto.

Por eso, si es cierto que las luchas sociales actuales tratan de combatir los *efectos políticos del saber*, si son luchas de resistencia que giran en torno al *gobierno de la propia vida*, ello no concierne sólo al saber/poder *sobre el cuerpo*, sino también al saber/poder *sobre la Tierra*. Como han puesto de manifiesto los movimientos pacifistas y ecologistas durante las últimas décadas, también las ciencias naturales están ligadas a estrategias de poder militar y económico, también en ellas se libra la batalla por el gobierno de la propia vida, pero lo que ahora está en juego no es sólo la vida individual, ni la vida de una sociedad particular, sino la vida de toda la humanidad y del resto de las especies que pueblan la Tierra, ya que la moderna tecnociencia desarrollada por los Estados militarizados e industrializados de Occidente ha hecho del ser humano la especie más poderosa y peligrosa de todas.

Precisamente para proporcionar instrumentos críticos a estas nuevas luchas sociales, habría que escribir no sólo una historia de las diversas formas de control del sujeto, sino también una historia de las diversas formas de control del espacio. Habría que aplicar la metodología "genealógica" de Foucault no sólo a las ciencias humanas sino también a las ciencias naturales. Siguiendo la vía abierta por Nietzsche, Foucault ha puesto de manifiesto el carácter histórico tanto de los sujetos como de los objetos de conocimiento: un

cierto sujeto y un cierto objeto de conocimiento se constituyen mutuamente a través de prácticas sociales que son a un tiempo formas de ejercer un determinado poder y formas de producir un determinado saber. El conocimiento no es una *relación de adecuación* entre el sujeto y el objeto, entre el hombre y el mundo, sino un *instrumento de poder* en las contiendas de la historia. Sin embargo, los historiadores de la ciencia se encuentran todavía prisioneros del sistema de pensamiento que deberían someter a análisis, siguen fieles a la interpretación de la ciencia moderna que la propia ciencia se dio a sí misma a partir del siglo XVII: el núcleo de esta interpretación es la dualidad cartesiana entre "res cogitans" y "res extensa", entre *sujeto* y *espacio*, como dos realidades independientes y ahistóricas, entre las cuales tiene lugar la desinteresada relación de conocimiento. Esta interpretación encuentra su formulación más elaborada e influyente en la filosofía trascendental de Kant. Con sus estudios "arqueológicos" y "genealógicos", Foucault nos ha mostrado que el *sujeto moderno* es una invención histórica; ya es hora de mostrar que el *espacio moderno* también lo es, y que ambos se han constituido simultáneamente.⁷

⁷ He desarrollado más ampliamente esta tesis en mi artículo "De la guerra: espacio del saber, saber del espacio", en *La(s) otra(s) historia(s)*, UNED de Bergara, 4, 1994, pp. 67-98, reeditado en *La invención del sujeto*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, pp. 79-107. Un intento de aplicar esta tesis a la génesis de la física galileana puede encontrarse en mi libro *La fuerza de la razón. Guerra, Estado y ciencia en los tratados militares del Renacimiento, de Maquiavelo a Galileo*, Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1987. Este libro recoge la segunda parte de mi tesis de doctorado, titulada *De la guerra a la ciencia. Un estudio de los tratados militares medievales y renacentistas*, y defendida en la Universidad de Murcia el 5 de octubre de 1984.